



LOS TRES LEGADOS.

(Conclusion.)

Pocos dias despues se me presentó ocasion de dar á mi dinero un buen empleo. Supe que se vendia para pago de acreedores una hacienda labrantía de aquellos alrededores, perteneciente á un jóven heredero que vivia en la córte y que con el juego y otros devaneos se habia cargado de numerosas deudas. Yo me informé del precio en que se vendia, y hallándome con suficiente dinero para hacer tan buena adquisicion, creí que en ninguna cosa mejor podria emplearle y la compré.

Llegado, por fin, el dia para el cual habiamos aplazado mi matrimonio con Eloisa, éste se realizó con general satisfaccion, acompañado de una fiesta campestre en la cual tomaron parte todos los sencillos aldeanos y aldeanas de los contornos.

Tres meses creo que han trascurrido, pues tan dulces se han deslizado para mí los dias que no me he detenido á contarlos, y nuestro mutuo cariño, léjos de entibiarse, más bien pienso que ha crecido y se ha fortalecido desde entónces. Vivimos en nuestra rústica hacienda en agradable trato con todos nuestros vecinos, ni envidiosos ni envidiados. Yo estoy siempre al cuidado de nuestros intereses, vigilando las tareas de los pocos y laboriosos criados que me ayudan á cultivar mis campos, y no encuentro un momento en que me parezca agradable entregarme al ocio. Eloisa cuida de todas las faenas domésticas, que no quiere abandonar á manos ajenas, y tal es el dulce afecto que me profesa, que sabiendo el viaje que yo intentaba para acudir á

vuestra cita ha mostrado tal empeño en acompañarme que no he sabido negarle esa satisfaccion, y como veis la he traído conmigo. Su buen padre queda en tanto al cuidado de nuestra casa y nuestra hacienda.

Cuando los tres hermanos hubieron terminado la narracion de sus respectivas aventuras, pudieron notar lo que á mis lectores no se les ocultará, á saber: que aquel que de los tres habia salido de la quinta un año ántes, con mayores y al parecer más poderosos elementos para poder aspirar á la felicidad, habia sido el único de entre ellos que habia vuelto desgraciado. ¿A qué causas se debia atribuir esto?...

Por ahora, reanudando el hilo de esta verídica historia, diré que los hermanos se retiraron á descansar. apénas terminó Antonio la narracion de sus aventuras, pues la noche estaba ya muy avanzada, y Floro, muy inteligente en el curso de las estrellas, aseguró á sus hermanos que no tardaria tres horas en llegar la aurora, precursora del nuevo dia.

Cuando por la mañana los hermanos volvieron á reunirse á la puerta de la quinta y bajo la frondosa enramada de una parra que sobre ella extendia sus largos sarmientos y sus anchas pámpanas, reanudóse la conversacion en presencia tambien de la bella Eloisa, y Floro fué el primero que habló, expresándose en estos términos:

— Por el relato que cada uno de nosotros hizo anoche, aparece de un modo claro que Antonio, lo mismo

que yo, se considera dichoso, ó lo que es lo mismo, nada desea, y por necio le tendria yo si ambicionára algo. No se halla en el mismo caso Octavio, pues si bien de nuestro difunto padre recibió un dón por cuyo medio podia haber llegado á ser feliz, su mala fortuna, pues no quiero atribuirlo á su culpa, le ha arrebatado cuanto poseia y le ha traído á un estado miserable, en el cual ni Antonio ni yo podemos consentir que permanezca por más tiempo.

— Tanto es así, dijo Antonio, que si tú no tomas la palabra, en el mismo sentido iba yo á expresarme, y creo que estarás conforme conmigo en que cada uno de nosotros debe darle una parte de sus bienes hasta que se nivele con nuestra fortuna.

— En efecto, contestó Floro; si otro medio no hubiera, el que tú propones sería el más adecuado.

— Dejádme hablar, interrumpió Octavio. Esa generosa largueza con que Antonio se propone favorecerme me humillaria á vuestros ojos y á los míos propios. Por otra parte, yo, que perdí la herencia de mi padre, ¿con qué derecho puedo aspirar á participar de lo que vosotros habeis sabido adquirir?

— Ya lo oyes, Antonio, dijo Floro. Lo que debemos hacer para ayudarle no es precisamente darle una parte de lo que poseemos, porque en ello ofenderíamos su dignidad, sino procurar reconquistarle lo que era suyo y que la maldad de otros le ha arrebatado. Esto, que á primera vista te parecerá imposible, no tar-

darás en conocer que puede conseguirse poniendo á su servicio nuestro trabajo y nuestra inteligencia.

—Ya me figuro adónde vas á parar, dijo Antonio; lo que tú quisieras es que buscáramos el maravilloso bolsillo que á Octavio le han robado y que volviera á su poder; y si bien confieso que esto para él sería lo más satisfactorio, no veo fácil la manera de realizarlo. ¿Quién es capaz de saber en qué manos pára, y áun averiguado esto, quién podrá reivindicar su propiedad?

—¿Quién? Yo, contestó Floro; y tú mismo, que ahora lo juzgas imposible, me ayudarás á ello, y podrá suceder que seas quien lo ejecute. No ignoras que una de las virtudes de mi anillo, la que más útil me ha sido hasta ahora, es la de hacer que á mi vista nada pueda ocultarse de cuanto existe en la naturaleza. Esto supuesto, ¿crees difícil el que yo averigüe á ciencia cierta en qué punto del universo y en poder de qué persona se encuentra el bolsillo encantado de nuestro padre? Y averiguado esto, ¿crees que á nuestro esfuerzo reunido se resistirá la empresa de reconquistar aquella prenda?

—Tienes razon, dijo Antonio; no se me hubiera á mí ocurrido eso, y sin embargo, es una verdad patente que no admite duda.

—Pues bien; fiad en mí, dijo Floro; voy á dar un paseo por el campo; cuando despues de mediodía nos reunamos para comer ya podré decirnos con seguridad en dónde está lo que buscamos.

Octavio agradeció á su hermano el interes que mostraba por él, y sus muertas esperanzas principiaron á revivir. Quedóse aquella mañana en la quinta, entregado á la tierna solicitud de Antonio y de la dulce Eloisa. La envidiable felicidad de aquellos tiernos amantes, que no acertaban á separarse, que vivian el uno para el otro, infundió tristes presentimientos en el alma dolorida de Octavio.

—Tal vez mis hermanos, pensaba para sí, conseguirán devolverme las riquezas que no supe conservar ni aprovechar. Una cosa hay, sin embargo, que no podrán devolverme toda la sabiduría de Floro ni el cariño leal de Antonio. La dulce tranquilidad del corazon, la pura confianza en aquella ingrata y traicionera mujer á quien hice dueña de mi amor y que me correspondió con tanta perfidia; eso nadie puede devolvérmelo.

.

Ahora voy á permitirme, sin licencia de nadie, uno de aquellos trasportes bruscos que suelen usar los novelistas para desesperacion de sus lectores. Abandonando á Floro en sus pesquisas, á Antonio en sus tiernos cuidados y á Octavio en sus amargas reflexiones, paso á ocuparme de otro asunto, y salvando la distancia del tiempo y del espacio, voy á referir la historia del bolsillo mágico desde el momento en que á Octavio le fué robado por su leal esposa.

Ya dejo referido cómo la bella Hor-

tensia, en medio del silencio de la noche, abandonó su hogar y sus deberes, y llevada á la grupa del caballo del príncipe seductor, volaba más bien que corria al traves de los montes y de los valles. Corrieron los fugitivos toda la noche, sin dar un instante de reposo al ligero alazan que sobre sus lomos los llevaba. Cuando fué ya dia claro, conociendo que estaban ya muy léjos de la quinta de Octavio, y viendo que la fatiga estaba á punto de rendir á su caballo, el jóven príncipe sujetó las riendas al cuadrúpedo, y no necesitó éste más advertencia para moderar su carrera y cambiar su precipitado galope por una marcha tranquila y sosegada.

Los dos amantes, que en toda la noche apénas habian hablado palabra, comenzaron una conversacion animada acerca del plan de vida que debian adoptar luégo que llegáran á la córte, hácia donde enderezaban sus pasos. Y tan embebidos iban en esta halagüeña conversacion, que no vieron á unos cuantos hombres maltrazados que, saliendo cautelosamente de entre los árboles, se interpusieron de repente en su camino, cercaron estrechamente al caballo, que, espantado, se detuvo, y le sujetaron violentamente de la brida. Entónces el príncipe se apercibió de la sorpresa, pero nada pudo hacer, porque dos hombres robustos le asieron cada uno de un brazo; otros dos, puestos delante del caballo, le asestaban con sus armas, y otro, en fin, se abalanzó á la grupa y arrebató de ella á la

asustada Hortensia, que lanzó un grito de espanto. Eran los mismos bandoleros que al dia siguiente, en aquel mismo bosque, habian de sorprender y robar á Octavio.

El derribar al príncipe del caballo y tenderlo de bruces en el suelo, como ya lo habian hecho con Hortensia, fué para ellos obra de un momento. Luégo con fuertes cordeles les ataron los brazos á la espalda, y dejándoles tendidos en el suelo, acudieron á registrar los arneses y la maleta del caballo, apoderándose del dinero y ropa que en ella guardaba el príncipe. Uno de los ladrones se llevó de las riendas al cuadrúpedo, y los demas rodearon á los prisioneros.

—¡Arriba, canalla! gritó uno, y sin reparar en que tendidos boca abajo y con los codos atados á la espalda los infelices presos no podian moverse, viendo que no le obedecian quiso hacerlos levantar á fuerza de patadas. Acudieron los otros bandidos y, con modales no más corteses, levantaron á Hortensia y al Príncipe, poniéndolos de pié.

—Os ruego, por caridad, que no nos maltrateis, dijo el Príncipe, y sin resistencia os entregaremos cuanto llevamos.

—Me hace gracia la oferta, dijo un bandido riendo; ¿qué necesidad hay de que nos entregueis lo que nosotros pensamos tomar sin esperar esa prueba de vuestro generoso desprendimiento?

Tras de una granizada de groseras bufonadas, los bandidos golpearon

al Príncipe, le registraron los bolsillos, donde para su desgracia no llevaba dinero, y le despojaron de casi toda la ropa, dejándole poco menos que desnudo, tras de lo cual le ataron á un árbol, sin hacer caso de sus ruegos, de sus protestas ni de sus amenazas.

— Y de esta princesa que le acompaña, ¿qué harémos? preguntó uno.

— En cuanto á la princesa, no es fea ni vieja, y puede servirnos de cocinera.

Rodearon á la infeliz Hortensia, y sin hacer caso de sus lágrimas, la despojaron de sus pendientes, de un precioso collar que llevaba, y la registraron minuciosamente para ver si llevaba dinero.

— Aquí está el tesoro, dijo uno; la princesa lleva los caudales.

Y levantaba en alto, agitándolo en el aire, el bolsillo de Octavio que habia encontrado: para que el peso no la molestára, la precavida Hortensia lo llevaba vacío, y esta circunstancia excitó la hilaridad de los bandoleros. El bolsillo, en la apariencia, maldito el mérito que tenía; era un bolsillo ordinario de seda encarnada, no muy grande y bastante usado. Entre risas y gozosa gritería corrió de mano en mano por las de todos los bandidos, que se lo arrojaban los unos á los otros. Cansados ya de este entretenimiento, el último de los bandoleros arrojó el precioso bolsillo lejos de sí en medio del camino, y ninguno de aquellos criminales volvió á acordarse de él. Por la tarde un mendigo, sucio y hara-

poso, acertó á pasar por el bosque, y algunos pasos ántes de llegar á él distinguió el bolsillo arrojado en medio de una senda. Los ojos del pordiosero se alegraron y apresuró el paso para apoderarse de él, creyendo que contendría algun dinero.

Cuando le tomó en las manos lanzó una exclamacion de despecho.

— ¡Vaya un encuentro! dijo; sin duda es una burla de la suerte.

Y al decir esto arrojó lejos de sí el maravilloso bolsillo: la fortuna que no hubiera podido soñar el monarca más poderoso de la tierra acababa de arrojarla con desprecio el mendigo más infeliz.

Quedó el precioso talisman otra vez olvidado en medio del campo, medio escondido entre la hierba. El rocío de la noche lo humedeció; la ligera gacela, que por la mañana buscaba el apetitoso pasto de la fresca hierba, pasó sobre él: el jabalí, que hozaba la tierra para buscar las raíces de los arbustos, lo empujó con su hocico y casi lo cubrió con la tierra que del suelo levantaba.

Al dia siguiente una coneja, que tenía muy cerca su madriguera, descubrió, medio oculto entre la tierra, el precioso bolsillo: la coneja estaba en dias de parir, y sabido es que estos animales recogen los trapos que encuentran para preparar la cama donde han de criar á sus hijuelos. Cuando los gazapillos estuvieron ya en aptitud para correr y triscar entre la hierba y abandonaron el nido, la madre, siguiendo la costumbre de todas las de su raza, sacó fuera de su

escondida alcoba la cama donde habia criado á sus últimos hijuelos, porque estos animales la renuevan cada vez que crían. El precioso bolsillo, inútil por entónces para aquella madre pulcra y hacendosa, salió de nuevo á la vergüenza, quedando entre la hierba seca expuesto á los rayos del sol.

Pasó rozando con las nubes un ave de rapiña, y su ojo perspicaz descubrió desde lo alto el color rojo de la seda: creyendo que sería un pedazo de carne, descendió en rápida espiral hasta tocar al suelo, y volvió á elevarse, llevando entre sus garras el malaventurado bolsillo. Cuando ya en lo alto de los aires se apercibió de que la presa que habia hecho no era más que un pedazo de tela que para nada le servía, la soltó, y el pobre bolsillo, llevado en alas del viento á alguna distancia, fué por último á caer en la corriente de un río.

Flotando sobre las aguas llegó con ellas al anchuroso Océano, y las olas jugueteaban con él, meciéndole entre sus espumas.

En el fondo del mar, y en un palacio maravilloso cuajado de perlas y corales, habitaba un mágico encantador. Precisamente era el mismo que habia tejido y dado su virtud portentosa al bolsillo de Octavio; el mismo que, por un servicio especial, se lo habia regalado hacía muchos años al honrado Teodosio. Aquel encantador alcanzó á descubrir, sirviendo de juguete á las olas, su precioso donativo, y encolerizado al verlo así menospreciado, dijo:

— ¡Cómo! ¿Tan necios habrán sido los hombres que, devorados siempre por la sed de adquirir riquezas, tan miserable aprecio han hecho, sin embargo, de ese portentoso regalo que les hice algun dia, y que con encarnizado empeño debían disputarse, porque era el resúmen de todas las riquezas que su codicia puede soñar? ¿Y con injurioso desden parece que me lo arrojan al rostro, tal vez por soberbia ó quizá por estúpida ignorancia? Pues juro que ninguno de esos gusanos miserables ha de volver á poseer ese rico galardón, del que tan indignos se muestran.

Y extendió el brazo poderoso, recogió de entre la espuma el encantado bolsillo, y tendió la vista en derredor buscando donde ocultarle para que la vista de los hombres no pudiera verlo más. Del fondo del mar se elevaba un áspero arrecife que subía á gran altura sobre el nivel de las aguas, formando por cima de ellas un escollo erizado de puntas peñascosas: era de una sola pieza, macizo y formado de duro pedernal. El irritado encantador abrió con una sola palabra las entrañas del árido peñasco: en el centro de ellas colocó el bolsillo, pronunció otra mágica palabra, y el arrecife de nuevo se cerró, quedando como ántes estaba y cubriendo con una masa de piedra de muchos millones de arrobas aquel precioso amuleto que las miradas de los hombres no podían descubrir, ni sus débiles fuerzas desentrañar del corazón de la roca.

En vano Floro se desojaba escu-

driñando los más apartados rincones de la tierra para descubrir adónde había ido á parar el encantado bolsillo de Octavio. Procuró averiguar el paradero de Hortensia y de su raptor. Este último, asesinado por los bandidos, yacía en un barranco, cubierto de piedras. Hortensia, que había conseguido fugarse del poder de sus tiranos, había encontrado compasión en un rancho de pastores, y acompañada por una zagala rubia, de quince abriles apénas, se ocupaba en guardar un hato de corderos y en llorar sus desventuras y su culpable extravío. El precioso bolsillo no estaba en su poder, según pudo ver Floro, á pesar de las muchas leguas de distancia que de ella le separaban.

Cansado de buscarlo en la tierra determinó escudriñar el mar, y su vista perspicaz sondeó el fondo de las arenas, adonde mirada ninguna ha llegado: tampoco allí lo encontró, y sin embargo, cuanto más aumentaban las dificultades de la empresa, otro tanto acrecia el ardor y la pertinacia de Floro. Acababa un día de recorrer su mirada el hondo seno del Océano, cuando corriendo su vista inteligente por entre las menudas arenas, llegó á tropezar con el formidable peñasco en cuyas entrañas el mágico bolsillo se hallaba escondido. Asaltó á Floro el capricho de ver cómo estaba formada aquella inmensa mole de piedra; escudriñó su interior, y el mayor asombro se pintó en sus facciones: había visto el bolsillo de seda encarnada, aplasta-

do, embutido en el corazón del peñasco.

Reunióse á sus hermanos y les dió parte de su maravilloso descubrimiento. Necesitaron Antonio y Octavio que su hermano les asegurara la verdad de lo que decía para prestarse á darle crédito; pero convencidos de que Floro no quería engañarlos ni era fácil que se equivocara, dieron grandes señales de admiración y empezaron los tres á deliberar sobre la manera de reconquistar el portentoso bolsillo.

Octavio lo consideraba imposible, y decía tristemente.

— Dios ha querido sin duda colocar esa joya en donde no puedan alcanzarla más mis manos, indignas de posarla, quitándome toda esperanza de volver á adquirir unas riquezas de las cuales hice tan mal uso.

Pero Floro y Antonio no desconfiaban, sabiendo que á la voluntad y á la perseverancia del hombre nada se resiste, y que á fuerza de estudio y de trabajo no hay cosa que deje de conseguir. Por consejo de Floro pusieronse en camino al día siguiente para dirigirse á la orilla del mar, cerca de la cual se levantaba la imponente roca que sepultaba el tesoro que iban buscando. Queriendo evitar á Eloisa la molestia de tan larga peregrinación, pasaron ántes por la bellísima quinta de Antonio, y en ella dejaron á la esposa de éste en compañía de su anciano padre, que con solicitud cuidaba de los bienes de sus hijos.

Prosiguieron despues su camino, guiados por las indicaciones de Floro, y á los pocos dias llegaron al término de su viaje y vieron á la parte adentro del mar, no muy léjos de la playa, la roca negruzca y desnuda de vegetacion que, segun Floro les aseguró, servia de losa al tesoro que buscaban.

La primera dificultad para nuestros aventureros consistia en poder llegar á la roca, aislada á un cuarto de legua dentro del mar. Floro resolvió que construyeran una lancha para llegar hasta allí: en un bosque poco distante encontraron árboles que les dieran madera, y bajo la direccion de Floro, que iba trazando el plan, y gracias á la poderosa sierra de Antonio, que cortaba la madera como un cuchillo pudiera cortar la manteca, la barca se construyó á la orilla del mar, ayudándoles Octavio á trasportar los materiales. El plan para despues ya estaba acordado: una vez llegados á la roca todo era obra de tiempo y perseverancia. Antonio iria cortando la piedra en la direccion que Floro le indicára, y la taladrarian de este modo hasta llegar al punto en que estaba escondido el bolsillo y sacarlo de allí. Concluida la barca hicieron dos remos, metieron en ella algunas provisiones y se entregaron á las olas.

En breve rato abordaron á la roca, amarraron fuertemente la lancha á un pico y luégo treparon por el peñado arrecife. Sin perder tiempo principió Antonio á cortar la piedra en el punto en que Floro le designó; sus

dos hermanos le ayudaban, desembarazando la mina de los pedruscos que arrancaba, los cuales iban arrojando al mar. Por la noche descansaban y dormian tranquilamente en el pozo que iban abriendo en las entrañas de la roca.

No cuenta la historia cuántos dias emplearon en aquella obra, ni creo que interese mucho el saberlo; baste el saber que, á fuerza de perseverancia, la roca fué horadada hasta el punto en que el precioso bolsillo de seda se encontró, volviendo al poder de su dueño, que por perdido para siempre lo habia dado. Al momento resolvieron los tres hermanos abandonar la inhospitalaria roca, y se disponian á reembarcarse en su lancha, cuando del seno de las olas salió una cabeza cubierta de larga melena blanca, luégo hasta la mitad del pecho del cuerpo que á aquella cabeza correspondia, y frunciendo el ceño el genio solitario de aquellos mares, de esta manera se dirigió con voz ronca y solemne á los asombrados aventureros, miéntras fijaba en ellos una mirada profunda:

— Id en paz, atrevidos mortales, que habeis venido á arrancar de las duras entrañas de la roca ese prodigioso talisman que en ellas sepulté, creyendo que no habria poder humano capaz de robarles su tesoro. Vuestra industria y vuestra perseverancia han sido suficientes para realizar un imposible, gracias á los dos poderosos elementos de que el hombre puede disponer para alcanzarlo todo: la ciencia y el trabajo. Ningun título

más legítimo hay para que disfruteis de las riquezas que á la naturaleza habeis sabido arrancar. Id en paz, y cuando la muerte llame á vuestras puertas, ved si la persona á quien legueis ese tesoro merece poseerlo, y si no la considerais digna de disfrutarlo, entregad al fuego ese precioso talisman, para que nunca pueda servir de premio á la pereza ni á la ignorancia.

Calló el genio y volvió á sumergirse en las olas, desapareciendo de la vista de los tres hermanos, que con asombro habian escuchado sus palabras. Ganaron su barca, remaron hácia la playa y en ella tomaron tierra, emprendiendo de nuevo su viaje en direccion de la quinta de donde habian salido. Floro y Antonio iban satisfechos por haber conseguido devolver á su hermano lo que él solo habia perdido. Octavio no tanto, á pesar de haber reconquistado las inmensas riquezas que no pensó volver á encontrar. ¡Ay! ellas no podian darle la dulce tranquilidad del alma!

A pesar de esto, el viaje de los tres hermanos no dejaba de ser alegre y distraido, merced á las curiosas é instructivas pláticas de Floro.

Deseosos de encontrar algun descanso, llegaron en una siesta calurosa á un prado fresco, alfombrado de frondosa hierba, y en el cual la espesa sombra de unos altísimos fresnos les convidaba á tomar reposo. Una fuentecilla clara, naciendo con dulce murmullo al pié de una peña, les ofrecia su cristalina corriente para refrescar los labios, y al pié de

ella tomaron los tres asiento, teniendo por pabellon las espesas ramas de un fresno corpulento que les daba apacible sombra. Allí merendaron alegremente y apagaron su sed en la fuente cristalina. De pronto vieron llegar, triscando por el prado, una manada de blancos corderos que guiaba una pastora jóven y muy agraciada. Los corderillos se acercaban á refrescar sus fauces en el manso arroyuelo que de la fuente nacia; la pastora se llegó á beber agua en el fresco manantial á cuyo lado reposaban los tres viajeros.

¡Cuál no sería el asombro de Octavio al reconocer á su desleal Hortensia en aquel humilde traje de pastora!

Pero la confusion y la vergüenza de Hortensia no fueron ménos cuando vió en uno de los tres viajeros á su ofendido esposo. Dió un grito de espanto y quiso huir, pero sus piernas se negaron á ello, y cubriéndose el rostro, encendido de vergüenza, cayó á los piés de Octavio, que acababa de levantarse.

—¡Perdon!..... mi querido Octavio, perdon para esta ingrata esposa que llora amargamente hace muchos dias un momento de extravío!

Floro y Antonio, conociendo por lo que acababan de oir quién era la pastora, acudieron presurosos á levantarla del suelo y á interponerse, en caso de necesidad, entre la justa cólera de su hermano y la avergonzada esposa que tales señales daba de arrepentimiento.

—Aparta de mi lado, pérfida mu-

jer, la más traidora, la más criminal de cuantas se han conocido, exclamó Octavio; excúsame la amargura de verte y el pesar de tener que castigarte..... Huye de mí y no turbes el triste sosiego de un corazón á quien para siempre robaste la alegría.

Los ruegos y las reflexiones de sus hermanos mitigaron al cabo de un rato la angustiosa excitación de Octavio, que, más tranquilo, se prestó á escuchar las desconsoladas súplicas de Hortensia. Esta hizo una franca confesión de su pecado, que no era tan grande como su esposo creía, refiriendo, en fin, la historia de sus aventuras, que no necesito repetir, porque mis lectores ya la conocen. Manifestó por fin, con lágrimas en los ojos, cuán pesados estaba de haber abandonado, por pura vanidad, á un esposo que tantas pruebas le había dado de cariño.

Estas francas explicaciones descargaron el corazón de Octavio de un grave peso y las juiciosas y prudentes amonestaciones de Floro, y los desinteresados ruegos de Antonio acabaron de aplacar los sentimientos que Octavio abrigaba contra su esposa, y por último la estrechó entre sus brazos, concediéndola un perdón al que su arrepentimiento la hacía acreedora.

Los tres hermanos resolvieron llevarse consigo á la bella Hortensia; ésta corrió á llamar á la pastora á quien pertenecían los corderos que guardaba y le hizo entrega de ellos, no sin haber abrazado y besado ántes de abandonarlos á algunos de aque-

llos inocentes animalitos, mudos testigos de sus días de amargura.

El viaje de nuestros peregrinos continuó desde aquel día más alegre y más expansivo que al principio.

Sin que volviera á ocurrirles cosa que merezca contarse, llegaron por fin á la quinta de su padre, de la que hacía bastante tiempo habían salido. Con alguna inquietud aguardaban allí á Floro algunos de sus leales servidores con cartas de su tierna esposa, y un criado de Antonio le esperaba también para expresarle la ansiedad con que Eloisa aguardaba noticias suyas.

Inmediatamente mandaron emisarios para tranquilizar á sus amables compañeras, invitándolas á que se pusieran en camino para aquella quinta, si acaso tenían gusto en conocer á sus hermanos y á sus hermanas. Pocos días después las tres afortunadas parejas se hallaban reunidas en la pintoresca quinta de Teodosio, y con tierna efusión se abrazaban mutuamente. La princesa Coralina, la bellísima Hortensia y la sencilla Eloisa tuvieron el placer de reconocerse como hermanas, y formando un grupo encantador, se cubrían unas á otras de besos: cada una de ellas se admiraba con pura alegría de encontrar tan hermosas á sus dos hermanas. Los tres esposos se gozaban en su dulce sorpresa y las dejaban desahogarse en su tierno cariño.

Con sentimiento de todos llegó el día en que debían separarse, pero su destino los llamaba por caminos diferentes. Floro y Coralina se restitui-

yeron á su córte y á su magnífico palacio; Antonio y Eloisa volvieron á su rústica granja y á los modestos y puros placeres del campo; Hortensia y Octavio se quedaron en la quinta que fué de su padre, renunciando con horror al fausto y á la vanidad, que tantos sinsabores les habian proporcionado. Octavio compró várias heredades que rodeaban la quinta; buscó honrados labradores que las cultiváran y se propuso dedicarse al cuidado de sus rústicas faenas. A pesar de las grandes riquezas que poseia, desterró de su casa la suntuosidad y el boato, comprendiendo que los placeres más puros son los que satisfacen al alma, no los que halagan á los sentidos. La mayor riqueza es una conciencia tranquila, nunca turbada por la lucha de las pasiones.

Por más diligencias que he hecho no he encontrado más noticias sobre la historia de ninguno de los tres hermanos. Supongo que vivirían alegres y contentos con sus amables compañeras; que despues tendrían hijos y que los educarían en las máximas de la virtud, procurando, sobre todo, inculcar en sus tiernas almas el horror á la ociosidad y el aborrecimiento á la vanidad y á todas las malas pasiones, que excitan la excesiva sed de los placeres.

Réstame solamente hacer observar á mis lectores las útiles enseñanzas que de esta verídica historia se desprenden.

Tres géneros de herencia pueden los padres dejar á sus hijos para ha-

cerles llevadera la vida que les han transmitido:

Los bienes de fortuna que puedan asegurarles una existencia cómoda ó tal vez suntuosa. Esta es la herencia más brillante á primera vista; la que con más orgullo se trasmite; la que con más satisfaccion se acepta. Es, sin embargo, la más frágil y la más precaria, porque la suerte adversa, los vicios ó la torpeza del dueño pueden desvanecerla en poco tiempo, por más que sea grande y deslumbradora, y por más que parezca imposible el verla consumida.

Otra de las herencias con que puede enriquecerlos es la sabiduría, producto del estudio y de la perseverancia, y fruto sazonado de la ciencia. Aunque más modesta que la otra, es más apreciable y positiva, porque la adversidad, que puede privarnos de las riquezas, no puede arrancar de nuestra alma las provechosas enseñanzas que el estudio haya esculpido en ella, y siempre nos hallarémos en disposicion de poder utilizar la ciencia que poseemos para procurarnos con ella los medios de atender á nuestras necesidades. Es un tesoro que no se agota, un manantial que no se seca; un caudal que siempre llevamos con nosotros y que ningun ladron puede robarnos. Un padre discreto y amante de sus hijos no puede legarles mejor herencia.

Por último, el hombre modesto y escaso de otras riquezas, puede legar á sus hijos una fortuna á la cual ninguna iguala: el amor al trabajo y el hábito de ejercitarlo: un oficio mo-

desto, pero siempre honrado. El adquirirle cuesta pocos sacrificios; el conservarle sólo requiere una buena voluntad. Los placeres que proporciona podrán ser humildes y sencillos, pero en cambio son puros y tranquilos. El trabajo tiene además la virtud de matar en germen todos los vicios, porque ahoga á la madre de todos ellos, que es la ociosidad. Las grandes riquezas heredadas pueden faltar; un pedazo de pan, un humilde lecho y el aprecio de sus semejantes, eso no falta jamás al artesano honrado.

Para terminar, haré otra observación. Las riquezas, por grandes que sean, no pueden por sí solas dar al hombre sabiduría ni infundirle amor al trabajo; son una semilla estéril que no produce flor alguna. Pero la ciencia y el trabajo, si se ejercen con perseverancia, pueden ser un medio para adquirir las mayores riquezas: son las semillas fecundas que nunca se pierden cuando caen en el alma; ellas dan las riquezas, ellas dan la dicha, ellas dan la gloria.

PEDRO DOMINGO MONTES.



EL PRIMER PANTALON.

POEMA INFANTIL.

(Conclusion.)

XI.

Alberto es ya dichoso;
No le ha vuelto á ocurrir ningun percance
Ni cosa parecida
A aquel embarazoso
Y bien pesado lance
Que no lo olvidará nunca en su vida.
Lo que es que el pantalon poco le dura
Por falta de cuidado,
Y porque es por demas la travesura
De su dichosa edad, y con él puesto
Corre, salta y brinca, y por supuesto,
Se arrastra por el suelo y sube y baja,
Y nunca se está quieto, ¡buena alhaja!
Gracias que su hermanita
Le zurce, le remienda
Y deja nuevecita
Una vez y otra vez aquella prenda,

A la que tiene singular cariño
Por ser la primerita
Que ha usado de su clase el tierno niño.

Ella, que sabe hacer tantos primores,
Se las hará mejores;
Viendo que al niño ya le causa enojo
Llevar el pantalon tan remendado,
Ya echó la niña el ojo
A un calzon de su padre, maltratado,
Pero ella tiene habilidad bastante,
Y será de tal suerte aderezado
El pantalon usado,
Que en llevándolo el chico
Dirá la gente que es de paño rico.
Tambien una chaqueta
Le va á cortar, airosa y muy completa,
Para el próximo dia
De popular y hermosa romería;

Chaqueta con bolsillos,
Que les gustan á todos los chiquillos,
Para poder llevar las golosinas
Y alguna caja de cerillas finas
A riesgo de abrasarse.

Y no sólo le hará con mil amores
Para casa y paseo prendas várias,
Sino tambien algunas interiores,
Que son á la verdad muy necesarias.
Camisas, calzoncillos, calcetines,



Para que vaya limpio,
Que por dentro y por fuera
Muy limpios deben ir los chiquitines.

¡ Dichoso niño, que á su lado tiene
La hermana cuidadosa
Que cuanto necesita le previene,

Que le atiende y asiste cariñosa!
¿Cómo le pagará tanto cariño
Para no merecer de ingrato el nombre?
La deuda contraída por el niño
El hombre ha de pagarla, si es buen hombre.

FRONTAURA.

ESCENAS INFANTILES.



M. TERUEL

QUIETO, MININO, VAMOS DE VISITA.

COLEGIO HISPANO-ROMANO.

Deseosos de dar á conocer á nuestros lectores el magnífico Discurso-Memoria, leído el 19 del actual por el Director de tan celebrado *Colegio Hispano-Romano*, en el acto solemne de la repartición de premios, hemos conseguido de la generosidad del Sr. Ballester un ejemplar para cada uno de nuestros suscritores, tanto de Madrid como de provincias, todos los cuales lo recibirán con el presente número, y estamos seguros de que, como nosotros, lo leerán con sumo gusto

desde la primera hasta la última de sus páginas. El haber recomendado ya en otras ocasiones á nuestros lectores aquel importante centro de educación, á pesar de que por sí solo tanto se recomienda, hace que nos abstengamos de todo elogio, que sería siempre pálido ante la realidad de los hechos, por lo cual nos limitamos á aconsejar á cuantos lo desconocen que se sirvan visitarlo, en la convicción de que nos lo han de agradecer.

FIN DEL TOMO XII.



DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE XII VOLÚMEN.

Páginas.	Páginas		
Conferencias infantiles, por D. Antonio de Trueba.	1	Fragmentos morales, por D. Manuel Ossorio y Bernard.	38 y 116
Limosna de sisa, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	3	Cayo Julio Cesar.	40
La reina de quince años, por D. J. M. Ballesteros.. . . .	5 y 22	Cervántes.. . . .	41
Rafael.	7	Arte de ayudar á la memoria, por Don M. J. Pascual.	42, 81, 113, 170 y 225
Juan de Guttenberg.	9	La madre, el padre y el maestro, por D. M. Ossorio y Bernard.	45
La caza de jilgueros, por D. Juan Cruz Busto.	10	El Monte de Piedad y la Caja de Ahorros, por D. M. Ossorio y Bernard.	49
Escenas infantiles	13, 112 233 y 286	La rebanadita de pan, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	53
Los gusanos de seda, por D. Luis Alvarez Alvistur.	14 y 26	Calor de los corazones, por D. Antonio de Trueba.	54
Un buen ejemplo.	16	Viajes de imaginacion.	59
Dos cartas, por D. Ramon de Navarrete y A. Pepita.. . . .	17	Hulkem. Cuento oriental.	61, 77 y 85
El panteon del Escorial.	21	El hielo, la nieve y el agua, por Madame Gatty.	65
Salomon.	23	A mi madre, por D. M. Carreras y Gonzalez.	71
Alejandro Magno.	25	El ahorro en los niños, por D. J. del Castillo y Soriano.	74
Retratos infantiles, por D. Carlos Frontaura, 30, 54, 71, 87, 103, 119, 135, 151, 167, 183, 199 y 215		Pensamientos de Fenelon.	76
El ciego y el perro.	32	Jeremías.	79
Utilidad de los baños.	33	Los diez criaditos.	84
Atlas geográfico, por D. Juan Cruz Busto.	36		

	Páginas.		Páginas.
El lirio, el jacinto, la margarita y el clavel, por Kaempfen.	90	Castillo	165, 180, 197 y 218
Los tres legados, por D. Pedro Domingo Montes, 92, 106, 125, 141, 154, 173, 190, 202, 221, 235, 250, 266 y 273		El hijo de la tristeza, por D. M. Ossorio y Bernard.	172
La Caridad, por D. Ricardo Sepúlveda.	95	El tiempo, por Fenelon.	172
El paraíso riojano, por D. Juan Cruz Busto.	97	Deberes de un maestro, por D. J. M. Ballesteros.	177
Virtudes de las plantas	100	La langosta.	186
De las casas de juego, por D. J. M. Ballesteros.	102	Los perros.	188
La Perseverancia.	118	Educacion.	193
Historia, por D. J. F. de Ayllon.	122	Concordancias vizcaínas, por D. Juan Cruz Busto.	195
El niño pobre.	128	El ocaso del sol, por D. Joaquin Olmedilla y Puig.	199
La cenicienta, por Felicia.	129	Utilidad de la música.	209
La pera madura, por D. Antonio de Trueba.	133	De la fuerza, por D. J. M. Ballesteros.	214
Origen de la arquitectura.	134	Las campanas, por D. Juan Perez de Guzman.	230
El primer pueblo de Rioja, por D. Juan de la Cruz Busto.	138	El dichoso Juan, cuento de Grimm.. . . .	230 y 262
El primer pantalon, poema infantil. 143, 159, 175, 191, 207, 223, 247, 263 y 284		Asistir á los enfermos, por C. Contreras.	234
Movimiento y elevacion de los continentes.	145	El avestruz, por D. M. Ossorio y Bernard.	239
La Inocencia, por D. Vicente Rivas.	148	La gratitud para con los maestros.	241
A Cervántes, por San Rafael.	149	La ingratitud, por D. Juan Cruz Busto.	242
A una niña muerta, por D. Ricardo Guijarro.	150	El pastor y la oveja.	245
Prodigios del olfato, por D. J. M. Ballesteros.	150	Fuerza y maña, por D. Manuel Ossorio y Bernard.	246
Influencia del cristianismo en la civilizacion, por idem.	161	Pagar el mal con el bien, por D. C. Contreras.	246
Conocimientos geológicos.	162	A la Inmaculada Concepcion de María, por D. J. Coll y Vehí.	256
Un cuento, por D. Antonio R. del		Bethleem ó Belem, por Bescherelle.	257
		Noche Buena, por D. A. Berrio y Rando.	258
		Origen de los aguinaldos, por D. J. M. Ballesteros.	259
		Las dos huérfanas.	261

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO XII.

